



(Marcos 10:46-52)

¿Puedo ver?

En la lectura del evangelio de Marcos, 10: 46-52, nos encontramos con una conversación entre Jesús y un hombre en el camino. El hombre, es ciego, pero ve a Jesús, ve a Jesús por su fe como el que puede devolverle la vista. Por supuesto, está en lo cierto en esa suposición. Es significativo que Jesús tome la iniciativa al hacer la primera pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?"

La respuesta del ciego es: "¡Rabí, quiero ver!".

Al pensar en este maravilloso acontecimiento, es posible que surja en nuestra mente una pregunta redactada de la siguiente manera " En realidad, yo puedo ver, ¿no es así? ¿Necesito pedirle a Jesús que me deje ver?". Eso depende. Está la vista y está la percepción. Lo que sabemos sin lugar a dudas es esto: tanto si tú como yo podemos ver físicamente, cada uno de nosotros necesita de Jesús el don de la vista espiritual -o de la percepción-. Así que observemos, escuchemos y pensemos. Todo lo que Jesús hace, lo hace para buscar y salvar a los perdidos, ¡y esos somos nosotros! Perdidos, pero encontrados, encontrados en nuestro Señor Jesucristo, y por lo tanto a salvo, seguros y suyos para siempre.

1.

En este pasaje hay más de lo que se ve. Se necesita algo más que la vista para ver y entender lo que está sucediendo aquí. Lo que se necesita es una visión. La pregunta que sirve de tema para este sermón es tan aplicable a ti y a mí como a Bartimeo: "¿Puedo ver?" Pues no lo sé; ¿y tú? ¿Están las cosas claras para ti? ¿Para mí? ¿Tenemos clara la aplicación de este maravilloso testimonio de Jesús a nuestras vidas? ¡Veamos qué podemos ver!

Sólo sabemos un poco sobre Bartimeo. Su padre se llamaba seguramente Timeo, porque Bartimeo significa "Hijo de Timeo". Podríamos suponer que vivía en Jericó, ya que estaba sentado al borde del camino cerca de esa ciudad. Pero aparte de eso y del hecho de que era ciego, no vemos ninguna otra información sobre él en nuestro relato. Por el relato en Mateo, sabemos que son dos ciegos los que estaban en el camino, muy probablemente estos ciegos fueron guiados por alguien a las afueras de Jericó para esperar el paso de Jesús.

¡Pero, qué hombre es Bartimeo! Un hombre con visión de futuro, en efecto. Nos revela muchas cosas. Nos ayuda a ver las cosas con claridad. Y damos gracias a Dios por un hombre como Bartimeo, que es un ejemplo inspirador para nosotros. Puede que fuera ciego, pero sabía escuchar.

Se sabe que personas que han perdido un sentido a menudo parecen ganar capacidad en los otros. En el caso de Bartimeo no hay duda de que tenía un oído muy agudo. Sólo puedo imaginar que, durante su vida día tras día, escuchaba las conversaciones de los que estaban a su alrededor.

Bartimeo tenía conocimiento de Jesús y actúa en base a ese conocimiento. El relato de Marcos indica que Bartimeo había oído hablar antes de este Jesús de Nazaret; aparentemente conocía los relatos de que Jesús tenía poderes únicos para expulsar demonios, sanar e incluso resucitar a los muertos.

Sabía que Jesús era del linaje de David, y por las Sagradas Escrituras del AT conocía las promesas de que un Hijo del linaje de David ascendería a su trono y reinaría para siempre. Este nuevo rey davídico daría paso a una nueva vida de misericordia y gracia como ninguna otra que hubiera existido antes.

Derrotaría al mal y establecería el reino de Dios. Bartimeo ve ahora una oportunidad que le llega como del cielo. Salta a la acción y comienza a gritar: "¡Jesús!, Hijo de David, ¡ten piedad de mí!".

Y cuando muchos intentaron silenciarlo, para que no molestara al maestro, Bartimeo clamó aún más fuerte que antes por la atención del Maestro.



Su certeza debía provenir de una convicción formada por la fe: ¡éste puede ayudarme! Aquí vienen a nuestra mente, las palabras que el Señor Jesús resucitado dirigirá a Tomás algún tiempo después: "Dichosos los que no han visto y han creído" (Jn 20,29).

Cuando nuestro Señor Jesús escucha los gritos de Bartimeo, hace lo que es inesperado para la multitud (pero anticipado por quienes lo conocen): se detiene. Ese acto de detenerse por Bartimeo es un conmovedor gesto de misericordia. El Hijo de David en el que se envuelve la realeza y que es el mismo Hijo de Dios se detiene por un mendigo ciego. Y luego ordena: "Llamadle aquí".

Cuando las personas que anteriormente le habían dicho a Bartimeo, que se callara, ahora ven su error, y se acercan con amabilidad y gentileza, y le dicen: sonríe y "Ten confianza; levántate, te llama".

Posiblemente encontremos algo familiar en la reacción de estas personas para con Bartimeo, en nuestra propia forma de ser. Primero, actuaron en contra de él, y luego a favor. Pasando de una opinión a otra en función de, de donde sopla el viento, para aquel a quien se desea impresionar.

(La inconstancia de esas personas y la adulación poco sincera tienden a provocar náuseas. Y tal vez me resulte inquietantemente familiar, porque veo el mismo comportamiento en nosotros mismos, por nuestra parte hacia aquellos que creemos que puedan hacernos, darnos o que podamos obtener beneficios, y si jugamos bien estratégicamente nuestras piezas de ajedrez, halagamos a las personas que consideramos adecuadas, y mantenemos una humildad falsa, así obtendremos lo que planeamos. Actuamos pensando que siempre vale la pena causar una buena impresión con los poderosos).

Jesús hace la pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?" Seguramente no es inadecuado escuchar en esa pregunta un toque de humor suave y de buena voluntad. La pregunta se hace para que el ciego pueda exponer la respuesta ante todo el mundo y ante las generaciones venideras. Jesús le da la oportunidad de confesar su fe, la fe que comparten todos los cristianos de todos los tiempos pasados y presentes: "Rabí, quiero ver".

Nuestro querido Señor Jesús le responde con una palabra de acción y una declaración (que le dice también a las personas que antes habían reprochado a Bartimeo) que no sólo Jesús tenía tiempo para Bartimeo, sino que Jesús también conocía el anhelo más profundo de su corazón. "¡Vete! Tu fe te ha curado".

Y no nos sorprende que las palabras que salen de la boca del Verbo de Dios hecho carne produzcan realmente lo que comunican. Al igual que en la creación, cuando el Verbo ordenó "Hágase la luz" y se hizo la luz, ahora ese mismo Verbo ha emitido una orden similar y el que antes era ciego ahora puede ver la luz creada. ¡Magnífico milagro! Bartimeo recupera inmediatamente la vista y sigue a Jesús camino de Jerusalén.

2.

Es más que una coincidencia que este milagro de la vista se realiza cuando Jesús va en camino a Jerusalén por última vez antes de su crucifixión y resurrección. La lectura de los sucesos que se registran a medida que este viaje continúa nos proporciona información de que a la gente le resultaba difícil ver y entender la razón de todo esto; ¡les resultaba difícil ver en absoluto! En Mc 10,2-12, los fariseos insistieron en que era necesario cumplir las normas de forma legal para la salvación.

En los vv 17-30, Jesús llamó a los posibles discípulos a una vida de total devoción a él y a su Padre. Algunos, sin embargo, siempre estarían enredados en las riquezas. En los vv 35-45, Jesús exaltó la necesidad de darse a sí mismo por el bien de los demás. Los discípulos, sin embargo, se esforzaron por tomar para sí los puestos más altos de honor en esta tierra y en el reino venidero.

Como todos somos hijos de Adán y Eva, hemos heredado de ellos una naturaleza humana corrompida por el pecado. Todos necesitamos desesperadamente no sólo la vista, sino la percepción. Y la dulce



historia de Bartimeo se mantiene para siempre ante nosotros como una llamada a lo que es más grande que la simple vista.

A menudo encontramos más consuelo en las normas que atan y obstaculizan la causa del Evangelio que en la libertad del Evangelio del Hijo de Dios, que nos libera de la condena de la Ley y hace que nos aferremos sólo a Jesús para la estabilidad de nuestra vida espiritual. El mal que llevamos dentro clama por nuestra propia clase de justicia en lugar de la justicia de Cristo, que nos ha sido dada como un regalo para la salvación. Con los Doce, luchamos por el derecho a ser los más grandes en el reino en lugar de estar agradecidos por tener incluso el lugar más bajo en el reino.

"Oh, Hijo de David, ten piedad de nosotros", debemos gritar. Porque no es sólo Bartimeo el que está necesitado hoy; somos nosotros también. Señor, soy yo. ¿Puedo ver, Señor? ¿Que se me conceda el don de la verdadera visión que me lleve a mirarte y a ver al Hijo de Dios, que me salvará de mi ceguera espiritual? ¿Puedo ver, Señor?

Cuando Juan el Bautista se encontraba en la cárcel, envió a sus discípulos a preguntar una vez más: "¿Eres tú el que iba a venir, o debemos esperar a otro?"

Jesús señaló a Juan la evidencia del profeta Isaías, que había hablado del día en que el Mesías aparecería en la tierra. Isaías había dicho que en el día del Mesías los ciegos recobrarán la vista, los cojos andarán, los leprosos quedarán limpios, los sordos oirán, los muertos resucitarán y a los pobres se les anunciará la Buena Nueva (Isaías 29, 35, 42).

Qué milagroso es que nuestras almas sean curadas por Cristo Jesús, el Hijo de David, que quita el pecado del mundo y se apiada de nosotros, como se apiadó de Bartimeo.

Después Bartimeo, sigue a Jesús, al igual que nosotros que ahora vemos a Cristo como nuestro Salvador, seguimos a Jesús por el camino que nos llevara a Jerusalén y a la muerte de Jesús.

En este camino, como verdaderos discípulos de Jesús, lo seguiremos como mendigos, dependiendo de su misericordia, en el camino que nos llevara también a nuestros propios sufrimientos, con nuestra cruz. Este camino con Jesús nos lleva también a la resurrección bajo su reino eterno y lleno de Gracia.

Damos gracias a Dios por su hijo amado, quien nos da la vida eterna. Amen.